

# Rebelión 20.06.19

Javier Miró

*Bendito sea el caos, pues es síntoma de libertad.*  
Enrique Tierno Galván (alcalde de Madrid 1979-1986)

## PRÓLOGO

Cuando un escritor me pide un prólogo, lo normal es que, como editor, me muestre algo reactivo a realizarlo, al fin y al cabo qué voy a decir de una obra que he decidido editar, y además me gusta tanto que hasta la sacamos en edición de bolsillo. No creo que haya una mejor manera para demostrar un apoyo incondicional a una obra que incluyéndolo en el sello, como un gen de ese ADN que significa el catálogo para una editorial. Pero *Rebelión 20.06.19* y Javier Miró suponen algo especial para la breve vida de Triskel Ediciones. Y aquí estoy, *prologueando*.

Recuerdo cuando Javi y yo hablamos por primera vez de la obra, resultó una charla fluida; ya nos conocíamos de la carrera, esa factoría de ilusos ilusionados que es la licenciatura de Historia en el siglo XXI, el siglo en el que sólo vale aquello con “salida”, y eso une, vaya si une. Siempre me he considerado un afortunado por haber podido iniciar el proyecto con personas muy próximas a mí y que sabían de las dificultades y de las ganas que existían tras Triskel: no todo el mundo puede decir que conocían a Javi o a Pablo y que ellos hubieran acabado por entonces dos maravillosas obras.

La primera edición de la novela vio la luz en abril de 2014, cuando la editorial llevaba casi un año de vida, y supuso la primera obra que salía tanto en formato físico como en digital, ya que el sello había nacido sólo en este último formato. Desde

fuera puede parecer algo trivial, pero para nosotros supuso todo un reto y, desde luego, un golpe de viento que nos dio el primer empujón para comenzar a subir una escalera en la que aún seguimos. Tras esto vinieron dos ediciones más (la última es esta que tienes en tus manos), con las consiguientes correcciones, tijeras y cambios que Javi creyó conveniente y que desde luego mejoraron más si cabe el resultado.

Y entonces... llega el momento clave: 20.06.19. La fecha real se va a encontrar con la que da nombre al título y, lógicamente, surge la conversación. Javi me pregunta la posibilidad de algo especial, y de nuevo una idea que ya nos rondaba la mente toma cuerpo con la llama de la rebelión de fondo: una línea de libros de bolsillo para aquellos títulos que llevan una buena temporada con nosotros y que los lectores siguen leyendo. *Rebelión 20.06.19* es la primera obra de *Formato Micro*, de nuevo la primera, otra vez ese empujón que nos hace dar otro paso y vuelve a venir de Javi y su novela. Si con todos estos mimbres no hago el prólogo, no sé cuándo lo haré.

Al igual que Álex el Mono, su protagonista, *Rebelión 20.06.19* sabe encajar los golpes y levantarse con el paso de los años, y lo ha vuelto a hacer, en su edición más pulida y definitiva (así me lo jura el propio autor en sus agradecimientos, y un editor siempre ha de creer en sus escritores...) pero en un formato más manejable.

Tú eliges, seguir llevando una vida tranquila o, como un plometa más, coger tu fusil y dirigirte a un Madrid distópico para unirme a la Rebelión. Yo lo tengo claro.

Rafael Velis

Un mal palpito en crudo, sin explicaciones, sin excusas. En el peor momento posible.

No es una sensación como las ganas de mear que un chaval como él puede contener horas si así lo quiere. Es otra cosa. La cabeza se le ha amotinado y se empeña en maquinarse pensamientos adversos. Recuerda esos sueños en los que huye y huye, pero con cada paso no hace más que flotar como un imbécil, como si tratase de caminar por el fondo de un estanque.

—Leo —escucha decir a una vocecilla a sus pies, casi a ras de suelo—, sube la verja, coño, que por ahí no quepo.

Esto aparca un momento la corazonada y, aunque no la desintegra como a él le gustaría, le hace reaccionar. Sus manos se aprietan y tira hacia arriba como accionado por un resorte. El metal oxidado cede y a cambio se le clava entre los dedos; un poco más con cada crujido.

—¡Venga, Sara, termina ya que no puedo más!

—¡Aguanta, joder! —contesta la niña desde abajo.

Leo sube la cabeza tratando de evadir el dolor. Fija los ojos en el azul del cielo que se filtra por entre las ramas, lo que le trae las palabras que dijo el Tío un par de horas antes: «Parece que al día le ha dado la gana de levantarse fetén. Por fin una miaja de buen tiempo en este octubre de mierda. Por fin un jueves como está mandao, carajo».

A veces, ni él ni Sara entendían lo que el Tío les decía. La misma palabra «octubre» constituía un galimatías en las mentes de los chicos. Y lo mismo pasaba con «jueves». Ponerle nombre a los días no tenía sentido, se pusiera como se pusiera el Tío. ¿Cómo nombrar un día que empieza y se acaba para nunca más repetirse? ¿Cómo podía haber dos, cinco, veinte jueves si todos eran días distintos? ¿Para qué complicarse tanto? Ellos eran niños de la calle, y para ellos no había jueves, sábados, agostos o primaveras. Sólo sabían que el día del mercado era el día en que ellos iban al centro a robar. Y ya.

Se habían encontrado al Tío apoyado en la barandilla de la estación de donde habían surgido. Su hogar. «Legazpi», sabían ellos que ponía en el mugriento cartel. Y no porque supieran leer. El Tío les había recordado las palabras de siempre, que, en realidad, eran dos mandamientos. Que nunca se fiasen de un policía y que si les pillaban nadie iría a sacarles de la cárcel. Y con una sonrisa que mostraba más muelas que dientes sanos, les había deseado buena suerte.

—Ya está —dice Sara mirándole desde el suelo.

Ha colocado una pingosa caja de madera con la suficiente maestría como para mantener el hueco abierto; no es la primera vez que lo hace. La niña mira a su compañero con preocupación. Leo lleva toda la mañana igual de raro, su cara está más pálida que de costumbre, y ahora suda bajo un sol que calienta, pero que no es para tanto.

—¿Qué carajos te pasa, neno?

Ya ha perdido la cuenta de las veces que le pregunta lo mismo.

—No me des más el coñazo. La niña esta pesada.

—Ej' que me tienes preocupada, capullo. El niño este gilipollas.

Ella busca los ojos de él para ver si se ríe con su contestación. Definitivamente, hoy no hay suerte.

Leo pasa primero porque por algo es el mayor. Tampoco se puede fiar del todo de su compañera, que es viva como el rabo de una lagartija, pero de lejos ve más bien poco. Ella cree que eso se debe a que el mundo es realmente así de borroso varios metros más allá de sus narices.

Cuando atraviesan el agujero, el bullicio que antes sólo podían intuir se amplifica. Como de costumbre, tienen la sensación de haberse colado en una fiesta a la que nunca serían invitados. El mercado les abre los brazos con su aire de oasis varado en mitad de kilómetros y kilómetros de páramo gris. Es una feria que rebosa de vida en cada uno de sus rincones. Y más hoy, después de tanto tiempo sin abrir. Los músicos parecen afinar mejor; las estatuas humanas parecen más reales que nunca; las voces de los charlatanes se elevan más al intentar vender su milagrosa mercancía; los malabaristas están más entregados, sus bolas y mazas brillan más al rotar en el aire. El mercado vibra como no lo hace el resto de la ciudad, ni el centro ni, por supuesto, los arrabales de más allá del muro. El gueto que ellos llaman hogar.

Lo que más abunda en aquella plaza, que en otro tiempo fue de Alonso Martínez, son los compradores. O supuestos compradores. La mayoría se limita a caminar con la lentitud de quienes soportan sobre sus hombros el peso del mundo. Se agolpan entre sí para mirar el género y pensárselo mucho antes de comprar. Una vez más, la necesidad y la falta de presupuesto harán que la demanda se contenga. Y de la poca oferta, sobrarán.

«La gente del centro es gilipollas —suele decir el Tío—. No saben ni dónde tienen la chorra, como si se la hubieran arran-

cado de un tajo y luego no recordasen dónde la dejaron. Se dejan llevar porque alguien les ha dicho que lo que hacen está bien, que es bueno, que ellos son buenos. Y son una mierda así de grande —esto suele acompañarlo de un gesto con su única mano sana—. No hay nada bueno en esa gente. Mejor tenerlos cerca sólo para vaciarles los bolsillos.»

Ha llegado el momento de empezar a trabajar. Leo agarra a Sara por ambos lados de la cara y le planta un beso en la frente sin importarle los churretes. Qué le van a importar. Es el pequeño ritual del día de mercado y eso es sagrado para los dos. Entonces, el mayor se sumerge entre la muchedumbre y la menor aguarda unos segundos para luego seguirle.

Si no se confunden bien entre la masa, dos mocosos como ellos llaman demasiado la atención. Es hora de estar en el colegio, aunque desde luego que no son los únicos que trabajan en lugar de estudiar. A eso se le podría sumar que sus ropas están más roídas que las de la mayoría. Eso les convierte en sospechosos de venir de los guetos, y nada es peor que eso para los habitantes del centro. Conscientes de ello, vuelven sus pasos tan cautelosos como los de dos sombras. Más que andar, se deslizan sobre el asfalto. Sus ojos no miran, vigilan; sus oídos no escuchan, detectan; sus piernas no caminan, esperan la orden de echar a correr.

Hoy la cabeza de Leo es un hervidero. Con esa mala sensación rondándole, la idea de encontrarse con un policía le acosa sin descanso. Se restriega la mano por la cara, desplazando legañas y expandiendo churretes sin importarle; es, de hecho, parte del plan. Mira con avidez los productos expuestos y eso pone en guardia a los tenderos. Incluso algunos dejan de hacer lo que tienen entre manos para tenerle vigilado. Otros, nada



más verlo, le increpan o le amenazan. Si se arma demasiado revuelo, Leo da un silbido que Sara sabe reconocer y ambos desaparecen entre la muchedumbre. Es un ardid que dura hasta que las aguas discurren de nuevo por su cauce, momento en el que uno y otra vuelven a la carga en otro punto. Una coreografía de ejecución perfecta.

Mientras su socio va delante atrayendo la hostilidad de los tenderos, la pequeña pasa desapercibida unos pasos por detrás, explotando al máximo su cara de niña sucia, pero adorable. Lleva el pelo hecho un asco y su ropa se estropeó mucho antes de que la heredara; aun así, nadie diría que se trata de una consumada ladrona. Sara no para de meterse cosas en el bolsillo que lleva cosido bajo el delantal. Manzanas, fresas, queso, latas de conserva... cualquier cosa que le quepa en la manita. Cuando ya va tan cargada que no puede moverse con la agilidad suficiente, da el único silbido que sabe. Entonces ella y su compinche se retiran cerca de la puerta clandestina por la que entraron. Allí esconden la mercancía bajo alguna caja y vuelta a empezar.

Algo en la nuca de Leo le vuelve a incordiar con insistencia, como si un piojo se afanara en querer avisarle de algo a mordiscos. Esa sensación le está matando. Incluso piensa en concluir el trabajo ya, aunque sea tan temprano.

—¿Tú estás chalao? —es la respuesta de Sara cuando se lo comenta.

«Tendrá razón», se dice Leo, en parte para convencerse a sí mismo. Pero el mal augurio sigue ahí.

—Una más y nos vamos —dice.

La niña acepta a regañadientes y sólo tras soltar dos o tres palabras más grandes y sucias que ella.

Es al poco de comenzar la última ronda cuando de pronto un carnicero trata de asir a Leo por la camiseta. Falla por poco. Con el corazón encogido y el mal palpito electrizándole, el joven se escabulle silbando a retirada. Sara encuentra un hueco entre unos tenderetes y, sin dudarlo, se lanza a él. Pero un desconocido le cierra el paso. Ella escapa por milímetros, con la mala suerte de huir directa a la carnicería, donde, esta vez sí, es capturada por el tendero. El hombre la agarra por el pelo sin contemplaciones, y Sara llora a voz en grito, armando un revuelo considerable.

—Así que esta es la rata que se lleva mis codillos y mis chorizos, ¿eh?

—¿Y el otro? —pregunta el hombre que la hizo huir en un primer momento.

—Ha volado.

—Ese no vuelve. Aguántame a esta mugrosa hasta que vuelva —dice antes de salir corriendo.

Sara comprende que se trata de un policía de incógnito que estaba tras sus talones. La niña se maldice. Mientras, el carnicero sigue azuzándola, mostrándosela a los transeúntes como un trofeo, orgulloso de la captura.

—¿Ves, niña? ¿Ves lo que le pasa a los maleantes? Ahora vendrá el señor policía y te dará lo tuyo. Podría empezar por cortarte estas orejas de rata —dice, pegándole un tirón.

La gente que por allí pasa guarda un poco las distancias sin dejar de mirar a la niña en la picota. La mayoría pide que sea castigada de forma ejemplar. Sara mira al gentío con los ojos anegados por las lágrimas, preguntándose por qué la mala suerte se ceba así con ella. No le importa ser exhibida. De hecho, levanta la cara buscando a Leo. Que no aparece.

El carnicero sigue a lo suyo y, si no consigue arrancarle ningún grito a la niña, se afana con un nuevo tirón. De repente, entre la nubosidad de la miopía y las lágrimas, Sara intuye algo que pasa veloz. Ha sido una ráfaga, un movimiento entre la muchedumbre que nadie más percibe. Él está allí. Al instante, algo se le infla dentro del pecho. Se vuelve dolorida hacia su opresor y le espeta:

—¡Eres un hijo de la gran puta! ¡Sólo te envalentonas conmigo porque eres un cagao de mierda!

El hombre se queda estupefacto; la sonrisa parece haberse caído a los pies.

—¡Cagao! —chilla Sara.

El carnicero descarga un manotazo tan aparatoso que arroja a la niña al suelo. Allí tirada, no se mueve más que por el llanto que la agita. Alguien increpa al tendero, le dice que pare, que la va a matar. Este responde a ladridos, no obstante, pronto calla. Algo del tamaño de una nuez le impacta justo entre los ojos, reventando en decenas de pedazos. Un huevo. El hombre se lleva la mano a la cara para comprobar que el líquido viscoso le cubre. El instinto le lleva a frotarse y es peor. Se lo está extendiendo. Comienza a perder los nervios, a gruñir, a removerse, a lanzar insultos a la nada.

La niña entiende que la buena puntería de su compañero está detrás de esto. No necesita más para ponerse en pie de un salto y echar a correr por el primer hueco que encuentra libre. Al cabo de pocos segundos, reconoce los silbidos de Leo a su espalda. Le indica el camino y ella lo sigue casi a ciegas. Se lanzan por un estrecho pasillo entre dos puestos que atraviesan para llegar a la valla. La saltan apoyados en un bidón. Una y después

el otro: ya están fuera del mercado. Han salvado el primer obstáculo.

Los alrededores del mercado bullen de gente que viene y va, de carros tirados por mulas, de alguna moto esporádica y de muchas bicicletas. También hay paladas de policías. Con el corazón dando brincos, tratan de huir sin correr, aparentando calma, tal y como siempre les dice el Tío que deben hacer. Leo traga saliva.

La pequeña está al borde de la histeria. Tiene las mejillas coloradas y de la nariz no cesa de brotarle sangre.

—¡Vosotros dos! ¡Cogedlos!

No son buenas noticias. Ya no importa el sigilo ni aparentar normalidad, sólo vale correr y no dejar que les agarren. Algunos ciudadanos, alertados por los policías, se prestan a intentar cerrarles el paso y a colocarles la zancadilla. Los niños tienen que sortear uno a uno los obstáculos hasta que ganan una calle menos transitada. Corren tanto como pueden. El objetivo: poner tierra de por medio entre ellos y el mercado y alcanzar el muro. Una vez que llegan al mismo, les basta seguirlo para encontrar la puerta más cercana. Son momentos de tensión. Los niños se dan la mano para insuflarse ánimo y calma, y aprietan el paso. Los agentes de guardia les miran, pero no les detienen. «Mejor ahí fuera que aquí dentro», pensarán. No es hasta que atraviesan al otro lado cuando los niños oyen las voces de alerta.

Leo mira atrás para descubrir que un policía emprende la persecución. No tienen nada que hacer contra un adulto fresco; el chico lo sabe. Sara está a punto de desfallecer. Comprende que no les queda más remedio que meterse en uno de los viejos portales. Eso hacen.

Todos los niños de la calle tienen estas cosas planeadas y saben que, si se introducen en un edificio abandonado huyendo de la policía, deben separarse lo antes posible. Sara se oculta en el primer hueco que encuentra: la puerta entreabierta de lo que un día fue un ascensor. Leo se dispara hacia arriba. Golpea con las manos la madera de la baranda para atraer la atención del policía. No obstante, este ha tenido tiempo de ver que la niña se ha quedado abajo. Busca entre la penumbra y no tarda en encontrar su escondite. La respiración entrecortada la ha delatado. El agente trata de abrir la puerta, que ha quedado encajada y no se mueve ni unos pocos centímetros. Él no cabe por una abertura sólo apta para un perro o un gato, o tal vez una niña malnutrida. Mete el brazo hasta el hombro y, a ciegas, consigue agarrarla por una pierna. Sara chilla aterrada. Hay unos segundos de forcejeo hasta que ella consigue cerrar los dientes en la mano que la atenaza. El policía grita y termina por soltarla.

—¡Eh, tú! ¡Madero, hijo de puta! —le grita Leo escaleras arriba.

El policía levanta la cabeza y ve a Leo asomarse desde el segundo piso.

—A ti te tengo seguro, niño. Así que voy a quedarme aquí hasta hacer salir a esta ratita asquerosa.

Y a continuación golpea la puerta metálica con la planta de la mano. El estruendo y el chillido de terror de Sara que le sigue se propagan por todo el edificio como una campanada monstruosa. Leo traga saliva y empieza a bajar escalones uno a uno, despacio. Se para cada poco para oír el forcejeo por encima de su propia respiración. Por más que insulta al policía, no consigue nada. Baja hasta sólo dejar la baranda y unos cuantos metros entre el policía y él. Vuelve a insultarle, a lo que el agente suelta una carcajada seca.

—Ven aquí —dice—, y hablamos.

La voz del Tío repitiéndole que nunca confíe en un policía resuena de inmediato en la cabeza de Leo. El chico es la frustración hecha carne. Ni entregarse ni dejar ahí a Sara son opciones viables. Mientras tanto, el policía saca la porra y empieza a introducirla en el interior del hueco del ascensor. Da un golpe que suena sordo, seguido de un chillido de dolor y pánico.

Se prepara para dar un nuevo golpe, cuando siente que un líquido se vierte sobre su espalda. Extrañado, se incorpora, siguiendo la procedencia del chorro que le empapa la chaqueta. Es algo cálido y de olor fuerte. Comprende qué es unos segundos antes de ver a Leo con los pantalones bajados, apuntando en dirección a él. Hacia su misma cara. El agente se cubre, jura algo ininteligible y sale hacia las escaleras. Fuera de sí.

El niño sabe que lleva las de perder. No tiene dónde esconderse, las plantas se le van agotando y su perseguidor le come el terreno. Con las fuerzas justas, se lanza con todo hacia una puerta semiabierta que encuentra cuando cree que se ha alejado lo bastante de Sara, pero no consigue abrirla lo suficiente como para pasar. Algo desde dentro impide que se mueva más. Forcejea rabioso. Así le encuentra el agente. Hay un momento en el que intercambian golpes torpes, aunque la pelea está perdida de antemano. El hombre saca la pistola. El niño recula y se lleva un culatazo en plena cara. Cae al suelo, donde es pateado sin compasión. El agente le increpa, le va diciendo las cosas que le piensa hacer cuando lo tenga encerrado. Cuando parece sentirse satisfecho, lo agarra por un brazo y lo levanta. Leo intenta resistirse, pero sus fuerzas son ridículas comparadas con las de un adulto mejor alimentado.

—¡Cabrón! —le espeta impotente.

El policía ríe con ganas, sabiéndose vencedor. Lo lanza escaleras abajo. Leo baja rodando hasta quedar tirado entre plantas como una colilla pisada. Se queja, aunque ya no le quedan fuerzas casi ni para hacerse oír. Varias brechas abiertas por toda la cara escupen sangre.

—Mejor quédate quieto —ordena el policía.

Leo no le hace caso y comienza a bajar a rastras. El agente marcha decidido hacia él para detenerlo, pero cuando va a poner el pie en el primer escalón se cruza en su camino un tablón de madera sujeto entre la pared y Sara, oculta tras la barandilla. El hombre tropieza y también cae escaleras abajo. Se detiene casi en el mismo sitio en el que yacía Leo hasta hace unos segundos. Se queja mucho más. Tiene desencajado el hombro derecho y el pie izquierdo está torcido en un ángulo imposible.

Sara es la única que baja aquellas escaleras como se debe. Despacio. Se acerca al hombre sin pronunciar palabra; se limita a mirarle. Aprieta los puños y va fija a un punto en concreto que el policía no llega a ver bien. Este se incorpora con gran dolor para comprobar que la niña recoge la pistola a apenas cuatro pasos de él. La ausencia de expresión en ella es lo que más angustia al policía.

—¡¿Qué haces?! —grita—. Con eso no se juega, niña. ¡Dámela ahora mismo!

Ella le mira, no para contestarle, sino para encañonarle. Entrecierra los ojos, pero ni por esas consigue verlo bien; está aún lejos para su vista y la iluminación dentro del edificio abandonado no es la mejor. Baja un peldaño más y apunta a lo que ya distingue como la cabeza del agente. Saca la punta de la lengua por la apretada comisura. El policía se protege con el único bra-

zo sano. Sus últimas palabras son una mezcla de amenazas y plegarias.

El disparo se propaga por las entrañas del edificio como un trueno entre montañas. El eco va apagándose hasta dejar que el silencio caiga de nuevo sobre ellos. El olor a pólvora tapa momentáneamente el hedor a sangre y seso calcinado que termina por imponerse.

La chica continúa con el arma levantada, pero ya no apunta. Ya nada. Leo está ahora en pie, acercándose con esfuerzo. Tiene la cara hinchada y ensangrentada. El dolor es generalizado por todo su ser y difícil de soportar en las rodillas, una muñeca y ambos costados. Saldrá adelante pese a todo. Pasa por encima del cadáver del policía, que aún produce algunos espasmos. El chico lleva con cuidado la mano a la pistola y con un clic acciona el seguro. La toma, pero Sara sigue apretándola entre sus dedos. Está ida. Leo jamás la ha visto así. Busca las palabras adecuadas y no las encuentra. La abraza y calla.

Permanecen un rato ahí congelados, él pegado a ella y ella contemplando el vacío. Hasta que, sin intercambiar ni una sola palabra más, deciden marcharse. Leo guía a su amiga escaleras abajo. Pronto no quedará recuerdo de su paso por allí. Únicamente aquel cuerpo abandonado hasta que alguien lo encuentre, entre las plantas séptima y octava, rociado de sangre y trozos de seso, medio recostado contra la pared. Una pared pintada de rojo y con una inscripción, unos centímetros por encima de donde debía estar la cabeza del policía, que dice:

Rebelión

20.06.19